

aire de representar la nación moderna. Entonces se inventó aquella máquina que se llamaba la Asamblea de Notables, nombrada á capricho del rey. En tiempo de Turgot se había reunido el Parlamento, en tiempo de Necker los Estados Provinciales; ahora iba á reunirse en tiempo de Calonne la última de las ficciones, la Asamblea de Notables.

En 1787, allá por el 22 de febrero, en días lluviosos y fríos se congrega. Ciento treinta y siete personajes llegan á una de las salas de Versalles, como domésticos del rey, como cortesanos de su corte. A estos altísimos señores hay que añadir siete príncipes de la sangre real, parte integrante de la real familia. Inmediatamente se organizan en siete secciones, las cuales ponen á su frente los siete príncipes. Todos estos señores, incluso aquellos que, como los revolucionarios duques de Orleans, quieren representar lo porvenir, huelen á lo pasado. Lo porvenir está en cierto Titán, que todavía no ha sacado de la fragua de su pecho el resuello con que va á hacer retremblar las antiguas instituciones y que llaman el conde de Mirabeau, seguido de un cojo que había de ser un cojuelo, el bueno de Talleyrand. Aspira á secretario de aquella asamblea de lo pasado el que iba á ser Júpiter de las asambleas de lo futuro. La Providencia no quiere disminuir tanto á quien guardaba para fines tan altos, y una amenaza de encarcelamiento preserva de esta sombra su gloria y le lanza á un destierro, de donde le traerá muy pronto la ronca tempestad.

El discurso de Calonne, discurso verdadero de apertura, porque las palabras del rey se reducían á puras fórmulas, en frases muy académicas encerraba ideas muy desconsoladoras: la tardía revelación del enorme déficit y la urgente necesidad de acudir al remedio, cortando los abusos y repartiendo con mayor equidad los impuestos, hasta establecer el pago indispensable de un tributo por la nobleza bajo el nombre de subvención territorial. Se necesitaba todo esto, y acuden á la aristocracia y al clero. Para cortar los abusos, reúnen los abusos. Para repartir bien los impuestos, consultan á quien no quería pagar ninguno. Entonces nació una caricatura de mucha significación y mucho chiste. Un cocinero consultaba á varios pavos en qué salsa querían ser comidos. «En ninguna,» contestaban unánimemente. Tal negativa apareció como una revelación cuando debía de antemano haberse adivinado por la más vulgar previsión. Convocó en asamblea de notables á los que lo eran, pertenecientes á la corte, á la aristocracia, al clero, á los que gustaban percibir pechos, pero no pechar. Entonces todo se vuelven quejas, clamores, indignaciones por el déficit enorme, estallando en los labios de aquellos mismos que lo habían causado con sus demandas y habían sido en toda ocasión objeto preferente de las reales larguezas. En vez de echarse la culpa á sí mismos, buscan la víctima propiciatoria y la encuentran á mano en el ministro reinante, hablándole en sus barbas de información parlamentaria y de responsabilidad criminal, como si fuera un ministro caído. Pero estos hombres tan avisados tienen siempre á quien echar la culpa de sus propias faltas, y Calonne acusa á su antecesor, el popularísimo Necker. No era hombre éste de aguantar tales imputaciones, y publica una acusación terrible contra su acusador, acusación digna de su ca-

rácter calvinista y de su orgullo ginebrino. En la primera sección, presidida por el conde de Provenza y en la cual todas las otras secciones tienen representantes, de pie, cuando todos están sentados, como un reo ante sus fiscales y jueces, Calonne, tan ducho en las asechanzas cortesanas y tan inexperto en los combates parlamentarios, acostumbrado á las sonrisas de la encantadora reina, á los halagos de las princesas, al incienso de los cortesanos redimidos; con agua de rosa en vez de sal ática, con besamanos en vez de argumentos, con genuflexiones en vez de respuestas por todo bagaje y todo hábito, tiene que contestar á las reticencias, á las argumentaciones, á las diatribas, á las preguntas maliciosas, á los discursos pérfidos, á las catilinarias de tantos como pretenden ajustarle las cuentas y hacerle pagar caros sus grandes desengaños. El cortesano Besenval, que gozaba de muchas pensiones y que en tiempo de Turgot temía todas las noches acostarse rico y levantarse pobre á la mañana siguiente, por culpa de cualquiera de estas reformas, dice que el ministro se superó á sí mismo, contestando á una brutalidad con una gracia, á los argumentos dirigidos al pecho con quites admirables, á las elucubraciones con cifras, dueño de sí mismo como en la corte, ileso en medio del fuego graneado, soterrando á sus enemigos con tal arte, que se veían obligados á volverse sonrientes y darle de grado las más expresivas gracias. Pero Besenval es un cortesano á quien Calonne había asegurado sus pensiones amenazadas y no hay que creer á un palaciego harto y repleto. Lo cierto es que había allí un prelado ateo, amigo de la reina, el cual pretendió asentarse en la silla metropolitana de París, llamado Lomenie de Brienne. Cuando la reina lo presentaba al rey para tan alto cargo, el rey respondía: «Convendría, señora, que para ser de París arzobispo á lo menos creyese en Dios.» Verdaderamente, en este momento no había para qué exigirle ninguna profesión de fe; para ser ministro de Hacienda bien necesitaba creer en el diablo. Lo cierto es que después de estas tempestuosas sesiones, Calonne se paseaba silencioso y á largos pasos por su cámara, pidiéndole á todo el mundo que le diera consejos. La generalidad callaba; pero alguno de sus consultores le solía decir que echara á sus compañeros de gabinete y que los hiciera á ellos ministros, pues siempre esta misera humanidad ha sido lo mismo.

No hay medio: á oposición tan fuerte no puede resistir ministro tan débil. Las cejas que se fruncían allá en el olimpo de los notables, engendraban tempestades allá en los hondos abismos del pueblo. La sátira, la caricatura, la hoja suelta se vengaban terriblemente del ministro que había dicho: «Todo para la corte; nada para el pueblo.» Los reunidos por su capricho y bajo su advocación convinieron unánimes en que aceptaban sus ideas y rechazaban su persona. Puesto que no había otra salida, tragaban la medicina y despedían al médico. Después de todo, esta medicina se reducía á recetas tomadas de Necker y de Turgot, tantas veces rechazadas ó desatendidas por los mismos á quienes su aplicación sincera hubiera salvado, por esa virtud que hay en las reformas pacíficas, del triste trance de las revoluciones violentas. En verdad habían sido ingratos con el que llovió sobre ellos en su período de mando una lluvia de oro que, absorbida del empréstito, explicaba

la inmensidad del déficit. Uno de ellos, muy premiado y muy implacable, se excusaba de esta manera: «Cuando todos tendían la mano ¿qué había de hacer yo sino tender el sombrero?» El bueno de Besenval, citado por Carlisle en su originalísima «Historia de la Revolución,» dice lo siguiente: «El lunes siguiente á Pascuas, 9 de abril de 1787, como me dirigiera á caballo hacia Romainville, á casa del mariscal Segur, y me encontrara en los bulevares con un amigo, díjome que Calonne acababa de ser destituido. Á los pocos pasos encontré al duque de Orleans cabalgando á la inglesa y me confirmó la noticia.» Lomenie fué nombrado por el mágico poder que la reina ejercía sobre el rey, é inmediatamente despidió á los notables. Como el Parlamento resistiera registrar algunos de los edictos nuevos, sobre todo los contrarios á sus prerrogativas y á sus intereses, desterró al Parlamento. En una de las secciones, en la presidida por el conde de Artois, el más reaccionario de los príncipes, un caballero, Lafayette, que volvía de América con el principado de la popularidad, y cuya frente resplandecía con el reflejo del alma de Washington, como la luna con el reflejo de la luz del sol, pronunció estas palabras: «Estados Generales; apelación al pueblo.» El rey no tuvo más remedio que convocarlos. La revolución estaba hecha.

El ministro Lomenie, con sus arreos pontificales, su báculo, su anillo y su mitra, era un grande majadero imaginando que así como había estado en su mano colmar la ambición propia, estaba en su mano colmar el déficit financiero. Al poco tiempo, las dulces emociones que el poder despierta volaron y sobrevinieron los tristísimos apuros. La convocación de los Estados Generales fué su obra política. Hecho esto, no hubo más remedio que despedirlo y llamar á Necker, agrandado en la desgracia. El reinado de María Antonieta resultó tan fugaz como su juventud, y su poder tan frágil como todas las ilusiones. Era el 24 de agosto de 1788. La reina, después de haber saludado al nuevo primer ministro, que le prestaba homenaje, pudo oír á la puerta de la cámara, en los corredores del palacio, un grito que se extendía por los jardines, que pasaba á las calles, que corría por los caminos, que resonaba desde Versalles á París: «¡Viva Necker!» ministro impuesto por la opinión y odioso á la corte. Este grito quería decir que los poderes hereditarios, de privilegio, de casta, hasta entonces encerrados en una infalibilidad, la cual duraba mucho arriba á causa de las creencias de abajo, iban á ceder su puesto á otros poderes surgidos de aquel inmenso y oscuro océano que en el lenguaje revolucionario se llamaba la voluntad del pueblo, y realmente era la vida y el espíritu de toda la sociedad. Si el rey no podía, no valía, no sabía más que todo el mundo, su poder absoluto estaba perdido. Los hechos tienen su lógica que los enlaza y forma la serie, como las ideas tienen su dialéctica, que forma y compone un sistema. Llamado Necker por el rey, la nación debía ser llamada á su vez por Necker. Lomenie había arrojado la flecha del parto al despedirse, dejando tras sí la convocación de los Estados Generales y el nombramiento de Necker. Grande en popularidad, éste no tenía para qué temer al pueblo, resuelto y decidido por su primer ministro, reflejo del alma nacional sobre el trono. La alegría por su advenimiento y por la despedida del arzo-

bispo rayaba en exaltación, y esta exaltación, como todas las pasiones violentas, engendraba el desorden. Petardos que atronaban los oídos, cohetes voladores que culebreaban por los aires, vidrios que volaban en mil pedazos, maniqués en traje de arzobispo que ardían por los puentes, grupos que gritaban y cantaban por las calles forzando hasta los príncipes y princesas de la sangre á dar sus gritos favoritos, despertaban en París las iras de los guardias del rey hasta el punto de provocar varias cargas de caballería, las cuales dejaban algún cadáver que en la callada noche iba á parar á las verdosas aguas del Sena.

Entre todas estas agitaciones, dos palabras comen- zaban á difundirse de labio en labio, la palabra patria y la palabra pueblo. Joulón, al escuchar esta segunda palabra, tantas veces repetida, decía con rabia: «Que coma heno el pueblo.» ¡Insensato! Había comido ya demasiadas ideas para mantenerse de tan vil pasto. Y el viejo cortesano duque de Richelieu, al ver la monarquía decaída y exaltada la nación, exclamaba en su lecho de muerte, cuando ya se le escapaba el alma: «¡Si Luis XIV lo supiera!» No debiera extrañarle nada, pudieron haberle respondido, si supiera también cómo degeneraron los grandes hombres y qué distancia había entre el cardenal y el duque de Richelieu.

Una de las ideas á que Lomenie se aferrara más en su breve ministerio, la idea de pedir consejo á la nación sobre todos los problemas pendientes, agitó los ánimos con profunda agitación. El mar está dormido, ni un rizo en su tranquila superficie, ni una espuma en los rizos, ni una ondulación siquiera; mas las olas se encrespan, los abismos se abren, las aguas hierven, porque de los cielos ha soplado el viento que necesita para agitarse y no corromperse el Océano. Y lo mismo sucede con las sociedades. Todo está tranquilo. Acostúmbranse los hombres á sufrir las instituciones á las cuales han nacido sujetos. Los hábitos de la servidumbre se confunden de tal manera con la misma vida, que no podrían faltar sin que los echaran de menos los siervos. Mas de pronto, en la ergástula obscura, en la conciencia dormida, misteriosamente, á la callada, se desliza, como un céfiro que llevara extraños gases, la idea impalpable; la idea etérea que despierta la conciencia, que enciende las pasiones, que eleva los ánimos; y la sociedad entra decididamente en las revoluciones, cuyo empuje aparece tan avasallador como el mismo empuje de la tormenta; y al cabo, si agita y remueve, también renueva y purifica la vida. Sabemos por la física el círculo de las lluvias; cómo el sol arranca sus vapores á los abismos y los eleva á los aires; cómo los aires de nuevo los condensan y los envían en lluvias ó en nieves á la tierra, que los recibe y se aviva á su virtud creadora, y se fecunda con gran fecundidad. Pero no sabemos qué sol extrae los vapores de las ideas á la conciencia; qué aire los condensa; qué lluvia los envía al seno de las sociedades y los convierte al cabo en vivientes instituciones. Una ley, si no del origen, de la difusión de los pensamientos, cumpliase en esta hora suprema. Habíase pedido consejo á la nación; y los libros, los discursos, los folletos, los periódicos, las cátedras, las reuniones, los miles de medios que tiene la propaganda difundían la idea de aquel siglo, que se quebraba en varias manifestaciones, como la luz en ma-



tices. Así la idea bajaba hasta lo más profundo de la sociedad y se esparcía entre las muchedumbres.

Llamados los Estados Generales, puede decirse que la monarquía realizaba por sí misma esta condensación de las ideas, las cuales iban á desatarse en torrentes sobre la nación. Dos fórmulas se dijeron entonces que compendaban toda la revolución, una escrita por cierto clérigo reformador, y otra escrita por cierto noble revolucionario. Las dos se han repetido mil veces porque las dos encierran el pensamiento de su tiempo. «¿Qué es el estado llano?—Nada.—¿Qué debe ser?—Todo.—¿Qué quiere ser?—Algo.» Y la otra: «En toda nación y en todo tiempo, los aristócratas han perseguido implacablemente á los amigos del pueblo, y si por cualquiera combinación de la fortuna se ha elevado á serlo alguno de los suyos, á ese han herido con preferencia, ávidos de aterrizar por la elección misma de su víctima. Así murió el último de los Gracos á manos de los patricios; pero tocado del golpe mortal, lanzó un puñado de tierra al cielo, y de esta tierra nació Mario, menos grande por haber vencido á los cimbrios que por haber humillado á la nobleza.» He ahí las ideas que corrían de conciencia en conciencia, como vagas estelas de materia cósmica, y que iban á condensarse en admirables cristalizaciones, merced al llamamiento y presencia de la nación entera en una soberana Asamblea.

¡Qué caos! Las antiguas distinciones y separaciones de clases subsistían; pero el espíritu feudal, que las formara, se ha disipado por completo á causa de la madurez conseguida por la razón humana. El rey truena todavía é impera en su celeste olimpo; mas la idea de la divinidad de su origen, que antes aparecía como un dogma, se ha convertido en una fábula. Todos los viejos poderes, cuando han cumplido su destino, se encuentran petrificados; y no comprenden, á causa de no haber cambiado ellos, cómo cambian las ideas que animan á las generaciones. Así como los nobles han suscitado al pueblo contra las reformas de Turgot, sin comprender que ha de tornarse, en cuanto recobre el sentido, contra sus privilegios, el rey ha convocado al estado llano, creído de que aún subsiste la antigua alianza entre el pueblo y el trono contra la aristocracia y el clero. Mas esta alianza, que acaso afirmara una sucesión de Asambleas á través de los siglos, si inspiradas en el pensamiento de la nación, cambiaran las leyes á medida que cambiaban las ideas, esta alianza arqueológica se ha roto por la larga interrupción de dos siglos, en la cual han aprendido los pueblos dónde está la clave de todos los privilegios y el jefe nato de todos los privilegiados. Tan poseído se encontraba el rey de estas ideas anticuadas que, juzgando los futuros Estados Generales por los antiguos, aguardaba de ellos una sumisión ciega, una humildad cortesana, y el aumento acaso de su poder y de su fuerza. El infeliz no contaba con que había la imprenta propagado los libros, la conciencia recibido su consagración religiosa en la Reforma, la industria aumentado las fuerzas humanas, la filosofía puesto á los ídolos en el suelo y á los hombres en la posesión de sus derechos, la risa de Voltaire helado las añejas supersticiones, la elocuencia de Rousseau encendido las almas, encontrándose por consiguiente con una sociedad dotada de un alma distinta á la que latía en los senos de la sociedad antigua y animaba sus humil-

des y serviles generaciones. Donde la nación era llamada á hablar y decidir, en el Parlamento británico, en los comicios suizos, en los Estados holandeses, la nación podía evitar las revoluciones por el cumplimiento de su voluntad y de su idea; pero en siglos de silencio la aparición del alma nacional debía verificarse, no por metamorfosis sucesivas, por una explosión espantosa. Las revoluciones anteriores habían sido revoluciones nacionales: de Suiza contra Austria, de Holanda contra España, de Inglaterra contra Roma y su influencia, de los Estados de la América del Norte contra Inglaterra. La revolución francesa era una revolución verdaderamente humana. Su carácter general se parecía al carácter del Cristianismo en que popularizaba las ideas más abstrusas y las extendía á las ciegas muchedumbres. Con todos sus errores, con sus desvaríos, con sus tragedias, la revolución encarna la razón humana en la moderna sociedad. La filosofía no es el pensamiento abstracto, no es el sistema científico, no es el libro que sale de la imprenta, no es el discurso que cae de unos labios movidos por la inspiración; es algo más que todo eso, es su realidad viviente en las leyes y en las instituciones. La idea de justicia, el principio de derecho, los conceptos de libertad y de igualdad, las facultades de la inteligencia humana, las bases esenciales á nuestra naturaleza en sociedad, la soberanía, todo cuanto los pensadores idearon allá en sus Patmos solitarios, toda esta idealidad se cuaja y se abrianta en fundamentales instituciones llenas de espíritu y de vida que van á componer, no una nueva sociedad, casi, casi un nuevo planeta. Idea soñada en las vigilias del sabio, más etérea que el aire, más tenue que la palabra en cuyas sílabas se encierra, misterio de los misterios, apenas te ha ideado el pensador, cuando desapareces en la indiferencia y en la ignorancia general hasta que un día brotas en sublimes fulguraciones que deslumbran y aterran, llamadas por los hombres en su impropio lenguaje movimientos de la sociedad, cuando vienen á ser como encarnaciones de la esencia impalpable del humano espíritu.

La verdad es que al fin se necesitaba saber todo cuanto llevaba por aquel tiempo la sociedad en su seno. El Parlamento, compuesto de magistrados, se volvía, ora contra el clero, ora contra el rey, ora contra el pueblo, y no cuidaba sino de aumentar sus rendimientos y conservar sus intereses. La nobleza suspiraba por conservar sus privilegios, y no sabía los sacrificios que necesitaba hacer para realizar esta aspiración. El clero había perdido la dirección moral de la sociedad, y menos apegado al sentido histórico antiguo que la nobleza, acaso porque el celibato le había impedido formar una casta, trataba de ocultar por todos los medios imaginables que poseía diez y seis mil millones de reales en propiedad sobre aquel suelo esquilmo. La reunión de los Estados Generales se imponía á toda costa y á toda prisa para que las diversas clases comprendieran su particular estado y se apresuraran á la salvación universal. ¿Quién había de votar? Cuestión importantísima. Decidióse que votaran todos cuantos pagasen alguna contribución. ¿Qué número de diputados tendría en tal caso el estado llano? Las dudas fueron muchas; las opiniones varias. Al fin y al cabo encerraba en sí al pueblo, y el pueblo contaba veinticinco millones de proscriptos. Las otras órdenes representaban

á los privilegiados, y los privilegiados no subían á doscientos mil franceses. Parecía natural que los veinticinco millones tuvieran muchos más representantes que los doscientos mil. Pues la Asamblea de Notables, nuevamente congregada por Necker para consultarle todos estos problemas, decidió que el número de representantes de los veinticinco millones de ciudadanos fuera igual en todo al número de representantes que enviaba cada una de las otras órdenes respectivamente. Pero el rey, llevado siempre de una idea egoísta, de que el estado llano debía resultar en los Estados Generales su natural aliado, dobló el número de sus representantes. El pueblo tuvo por fin tantos diputados como el clero y la nobleza reunidos. Urgía congregarlos. La indisciplina reinaba en todas partes. Los Parlamentos de provincia se removían para vengar las ofensas inferidas al Parlamento de París y su impremeditada proscripción. A la agitación de los Parlamentos se unía la agitación de los Estados Provinciales. El invierno de 1789 se cebaba en la nación entera con fríos y heladas horribles. Al frío se unía el hambre. Partidas de bandoleros asaltaban los caminos. Bandas de insurrectos amenazaban los castillos. En Bretaña una guerra civil ardía entre la nobleza y el pueblo. En París, en el barrio de San Antonio, los trabajadores quemaban la fábrica de un industrial que decían querer reducirlos á quince sueldos de salario por día. A todas estas agitaciones se mezclaba la penuria del erario, los estragos del déficit, la amenaza de la bancarrota. Necker llevó toda su fortuna al Tesoro. Las gentes que tenían depósitos cuya pérdida podía perderlos, al ver tanta abnegación en el ministro, los entregaron de grado. Sin embargo, las elecciones exaltaban los ánimos con delirios, y había en la conciencia una esperanza tan clara como oscura aparecía la cerrazón terrible de todos los horizontes.

¡Qué día el 4 de mayo de 1789! Celebrábase la fiesta que precedía á la reunión de los Estados Generales. La misa del Espíritu Santo debía preceder á las invocaciones racionalistas. Una gran procesión iba del palacio á las iglesias de San Luis y de Nuestra Señora. El cielo brillaba con claridad no usada; los jardines y los bosques de Versalles oían á dulce primavera; París y las villas y ciudades de los alrededores se despueblan para poblar el sitio real inmenso, hoy mismo capitalidad de Francia; los pavimentos de las calles aparecían sembrados de flores, las paredes ornadas de tapices, los balcones guarnecidos de damas, los tejados llenos de muchedumbres; á cada cuatro pasos un grito de entusiasmo, un apretón de manos, un abrazo fraternal, una lágrima irreprimible que indicaba el júbilo público; á cada esquina un coro y una música que enviaba acciones de gracias á Dios en dulces armonías; el rey rodeado de todos los príncipes y princesas de la sangre, como el sol de sus planetas y los planetas de sus satélites, cubiertos de ricas preseas y ornados de diamantes; el clero dividido en varias categorías, éstos con sus sotanas negras, aquéllos con sus crujientes ropas moradas, algunos con sus encendidas púrpuras, todos con sus roquetes de encaje; la nobleza ostentando blasones, vistiendo brocados, los mantos resplandecientes de oro, las plumas blancas agitadas y flotantes; el estado llano, que precedía á todos, sencillamente de negro, con majestuosos mantos de merino, blancas chorreras al pe-

cho, sencillos sombreros de fieltro, contrastando con la elevación de su inteligencia retratada en sus rostros la humildad de sus vestiduras y recibiendo los loores del entusiasmo universal, como si para él sólo fueran las ceremonias y las fiestas, y el repique de las campanas y las salvas y el entusiasmo y los signos de pública alegría, en testimonio de que en su palabra estaba contenido el enigma terrible de lo porvenir y la futura suerte del mundo.

¡Si cada uno de aquellos hombres pudiera leer su horóscopo! ¡Si pudiera adivinar, en medio de tanto júbilo, cuál iba á ser su destino al día siguiente ó al siguiente año! La naturaleza les permitía asistir á los días creadores del espíritu moderno, pero en cambio les guardaba bien duras compensaciones. Debían estallar sus cabezas á tantas ideas y romperse sus corazones á tanta vida como las lámparas que contienen una luz demasiado fuerte. Como ha puesto Dios una sombra siempre en el genio predestinado á la grandeza, ha puesto un dolor en las generaciones predestinadas á una sublime obra. Su propia desgracia aumenta su majestad. No aparecerían tan grandes si no fueran tan trágicos. El blasón más resplandeciente á los ojos del mundo será siempre la palma del martirio iluminada por un reflejo del cielo. Los nombres inmortales no llegarán á las transfiguraciones de la inmortalidad sino después de haber pasado por las llamas del infierno. La guillotina acaso sea el más alto pedestal de esos revolucionarios. Los periodistas que van á dar cuenta del suceso llámanse Lauvet, Condorcet, Brissot, los cuales ignoran cómo la revolución desencadenada va á herirlos y la común desgracia á juntarlos. Entre los diputados, aquel que parece por lo frío y por lo rígido un asceta, se denomina Robespierre; el otro cano, que mira con la seguridad de quien guarda gran confianza en sí mismo, Petión; el esbelto y distinguido, cuyo porte indica ya la aptitud para el combate en la tribuna, Barnave; el campesino que muestra en su figura de Sancho la placidez y el buen sentido, es Gerard; el doctor tranquilo que sonrís, como el más inocente de los mortales, Guillotín, triste inventor del más revolucionario y más maldonado instrumento de matanza; el sabio que mira constantemente al cielo, como Miguel Ángel después de haber acabado la Capilla Sixtina, Bailly; el eclesiástico avellanado, ligero, indiferente, cuya persona entera acusa la suficiencia y la vanidad, Sieyes; el noble que le pisa los talones al estado llano, como queriendo salir de su orden y entrar en la plebe, Orleáns, aclamado, festejado, seguido de un estruendoso hurra; el general á cuya presencia todas las frentes se inclinan por lo mismo que ha contribuido á levantar la frente del género humano sumida en las tinieblas, Lafayette; el titán que eleva su cabeza sobre todas aquellas gentes como Memnón sobre el desierto, y que lleva en sus vicios lo pasado, en sus arrebatos de elocuencia y en sus fulguraciones de ideas lo porvenir, Mirabeau, sí, repítámoslo, Mirabeau, en cuya frente va por breves días, que serán siglos, á condensarse el alma, y en cuyos labios el verbo de toda la revolución. Quisiera tener la pluma de Carlisle para describirlos, como él los ha descrito, con su exactitud de juicio y su maestría de dibujo. Todos van reunidos en aquella procesión que sale de un palacio y acaba en una iglesia, es decir, en los dos polos de



la antigua sociedad. Todos van creyendo que ni Monarquía ni Iglesia padecerán en sus manos, como si el individuo pudiera medir la extensión que toman los pensamientos individuales, cuando se mezclan á la conciencia y á la vida universal. Todos van desde el palacio á la iglesia y desde la iglesia á la revolución como á un océano inmenso é insondable cuyos límites y cuyo fondo sólo conoce Dios. La mayor parte son antiguos siervos que van á convertirse en hombres y que llevan sobre su alma el peso de muchas injusticias y el espesor de muchas tinieblas.

El palacio y la iglesia lucían aún como dos faros en las riberas de la Historia. Mas lo porvenir no tenía luz. Y una voz secreta, un impulso ciego, una especie de movimiento incontrastable los arrastraba hacia él continuamente, como las fuerzas de atracción y las corrientes de magnetismo arrastran unos seres á otros seres y los enlazan y los sostienen á todos. ¡Pobres revolucionarios! Maldecidos y martirizados como todos los reventores, víctimas del odio de los tiranos porque han abierto caminos á una nueva sociedad y de la ingratitude de los tiranizados porque no han podido suprimir en un solo día el tiempo, devorar el espacio, llegar con su vida individual hasta los últimos ideales de la vida humana. Los infelices representan una verdadera personificación. Allá, en los abismos hondísimos de la sociedad, en sus espesas tinieblas; al pie de los castillos feudales rematados por las tristes horcas de donde penden los cadáveres que los cuervos devoran y que los lobos husmean; junto al surco abierto en la tierra infame de la gleba por el trabajo maldito, han nacido condenados á la servidumbre eterna y al eterno dolor, sin la posesión de sus brazos, sin la seguridad de su hogar, sin honra alguna para sus familias, sin más fin que engendrar seres tan desgraciados como ellos, expuestos á perder su casa con una simple carta dictada por el capricho y su vida por un arrebato del señor; más fríos y más inertes que las piedras sobre las cuales se levantan las ceñudas fortalezas; más despreciados que los animales de carga; descendientes de cuantos llevaron en sus carnes la marca de infamia y el clavo martirizador de la servidumbre; hijos de un mundo cuyos blasones se encontraban en las hogueras de la Inquisición y en los potros del tormento; y sin embargo, llamados por la Providencia al más extraño de todos los misterios y al más espinoso de todos los destinos históricos, á destruir ese viejo mundo que se cuarteaba y morir aplastados entre sus ruinas, sin poder llegar á la tierra prometida, al nuevo mundo de la justicia y del derecho, cuyo tranquilo ideal llevan en la mente y cuya realización completa está vedada á su infeliz y tormentosa vida.

Cuantos observaran aquella procesión, vieran ya dibujarse todos los incidentes de la tragedia próxima á representarse en el escenario de la historia. El estado llano era el más festejado porque era el más revolucionario. La corte había cerrado media puerta el día primero que entró en Versalles á ver al monarca, mientras la abriera de par en par á la nobleza y al clero. Pero el pueblo había cerrado su corazón á estas dos clases tan festejadas en palacio y lo había abierto al herido y menospreciado estado llano. En la procesión ocupaba el lugar inferior: iba delante esta humilde clase y detrás la

corte; pero en la pública consideración, en el aplauso, ocupaba el lugar primero. Solamente podían con él competir y á él acercarse aquellos nobles ó aquellos sacerdotes que habían huído de su clase y abandonado sus privilegios: Sieyes, el general Lafayette, el conde Mirabeau. Hasta en las particularidades más mínimas se veía el empeño con que la historia, la naturaleza, la Providencia agrupaban aquellos hechos y aquellos personajes. Había en la procesión dos hermanos del mismo apellido, dos diputados que se llamaban Mirabeau, elegido uno por el pueblo para representar la libertad, y el otro por la nobleza para representar la reacción. Mientras aquel que representaba la libertad tenía la mente vastísima de un pensador de primer orden, la palabra iluminada de un apóstol de las ideas, en su acento la tempestad, en su mirar el rayo, en sus brazos las fuerzas necesarias á remover y derribar un mundo, titán de la revolución; el que representaba las reacciones, cuyo espíritu siniestro hervía en las altas clases, era un ser vulgar, torpe, inseguro, rechoncho, deforme, borracho, de tal suerte que si el uno se llamaba Mirabeau-ideas, el otro debía llamarse Mirabeau-tonel en la pintoresca lengua de aquel tiempo. No hay qué decir cuántas risotadas le acompañarían cuando pasaba este monstruo bajo sus arcos y sus preseas, risotadas sólo comparables á la ira y al furor que despertaba el triunvirato reaccionario, los tres príncipes que protestaban contra las reformas, el conde de Artois, el de Condé y el de Conti. Solamente el rey merecía por su bondad que del odio general exceptuaran su sagrada persona. La reina, en cambio, más orgullosa que nunca, más contrariada por la reciente muerte de su hijo primogénito, con cierto desdén provocador en sus ojos, con cierto aire de cansancio en toda su persona, atraía miradas de odio que no podía contrastar su hermosura, pues diríase que todas las ráfagas de la revolución, al subir hasta ella, subían en revuelto torbellino á la que en realidad era, por su poder y por su influjo, la más alta cima de aquella sociedad. Pero ¿qué debía extrañarle cuando la revolución asaltaba hasta el púlpito y hablaba hasta por los labios que se imaginan encendidos en los carbones de Isaías y tocados por las divinas alas del Espíritu Santo? El obispo de Nancy, en la iglesia, en presencia del Sacramento descubierta, desde las alturas del púlpito, cuando podía pasear su mirada sobre tantos privilegiados como se reunían á sus pies, y en cuyos brillantes las luces del santuario se reverberaban y partían en chispas de colores, habló como hablaban los antiguos profetas, con palabras de indignación y de cólera contra los poderosos del mundo, mezcladas á palabras de compasión y de ternura para las desgracias y las miserias del pueblo. ¡Cuántas esperanzas en los corazones! ¡Cuánta alegría en los ánimos! ¡Qué risueño aquel día en que, á través de ceremonias idealizadas por el contagioso y general entusiasmo, se descubren los horizontes de lo porvenir inundados por mares de luz! Los desgraciados creen que las sociedades se mueven á las corrientes nuevas tan fácilmente como sus propios corazones se entusiasman, y cuando palpan las realidades de la vida y las tardanzas de la historia, se vuelven rabiosos contra lo mismo que han adorado y le atribuyen sus desventuras aumentadas por lo graves que son los tránsitos de un punto á otro de la historia, y por lo gravísimos que son

los desengaños y los desencantos naturales á la vida y mucho más á los arrebatos y á las impacencias de la fe. Así, no es mucho que las gentes vulgares ignoren: 1.º, cómo toda transformación es lenta; 2.º, cómo toda reforma se realiza por una serie de reformas; 3.º, cómo en la sociedad, más que en el campo, quien planta un árbol secular, jamás recoge sus frutos.

Al día siguiente, 5 de mayo de 1789, verificóse la sesión regia. Una sala espaciosísima, llamada «des Menus», sirvió de teatro. Toda ella estaba magníficamente tapizada y arreglada, pues el rey no había querido que se perdonase ningún gasto. Murmuraban naturalmente los diputados del estado llano contra la residencia de Versalles, primero porque en aquella ciudad de palacios, donde los nobles tenían sus casas á la sombra del palacio real, no había para ellos residencia cómoda y barata; y en segundo lugar, porque les faltaba el auxilio poderosísimo del pueblo de París. Mas la monarquía deseaba conservar en Versalles la capitalidad; primero, porque desde los tiempos de la Fronda París se presentaba á sus ojos como una ciudad inquieta, democrática, republicana; y después, porque los Estados Generales, según sus propósitos, debían aparecer á los ojos del pueblo como dimanados, no del derecho de la nación, sino de la voluntad del soberano.

Debe leerse esta sesión regia en las «Gacetas» y periódicos del tiempo que tengo á la vista, y tan bien conservados como un número de «El Imparcial» ó de «La Correspondencia.» Es la una de la tarde. Mil doscientos diputados llegan, y espectadores innumerables se amontonan por todos aquellos dilatadísimos espacios. A la derecha del trono se asienta el clero; á la izquierda se asienta la aristocracia; enfrente el pueblo. Los heraldos, vestidos de la aparatosa manera que es tradicional á Versalles, anuncian á grandes voces la venida del rey. Aún el aire no las ha comunicado al oído, cuando todo el mundo se pone de pie y saluda con júbilo, sin distinción ni de representantes ni de público, al jefe del Estado. El rey sube las escaleras de su trono, sin advertir los estremecimientos que lo sacudían y que resonaban allá en los abismos donde se levantan sus bases. Desde aquella altura, bajo el dosel recamado con flores de lis, como desde la cúspide altísima de la primera nación de Europa, pasea su mirada tranquila sobre toda la Asamblea resplandeciente de brillantísimos resplandores. La reina, fuera del dosel, en silla aparte, como para dejar á la monarquía en su severa unidad, parece, cuando observa aquella asamblea de cerca, aún más desasosegada que el día anterior. Los príncipes de la sangre, los ministros de la corona, los pares del reino circundan al monarca; y su numerosísima comitiva, de toda gala, con sus uniformes varios, sus mantos rozagantes, sus plumajes de mil colores, sus hábitos de órdenes diversas, sus veneras y preseas, ocupan las gradas del trono en estos últimos días de poder y majestad con arreboles semejantes á los producidos por esas nubes circundantes al sol, y parecidas por la absorción de los rayos al mismo astro del día que embelecen y agrandan como en señal de triste despedida, á la hora misma en que avanza y se acerca con sus tinieblas la noche.

El rey va á hablar, y el guardasellos lo anuncia á la Asamblea con imperioso gesto. Silencio profundísimo

sucede á esta intimación soberana, y diríase que todo el mundo reprime el aliento y aguza el oído á fin de recoger mejor las reales palabras.

El regio discurso pecaba de vulgar. Desde cimas tan altas le pasaba al rey lo que le pasaría á quien, deseando conocer en todas sus minuciosidades una ciudad, se subiera á la montaña mayor ó á la mayor eminencia que la dominase. Un nuevo mundo surgía á su vista. Sobre ese mundo fulguraban ideas desconocidas de las generaciones anteriores. En aquella asamblea y en aquel momento como que bramaba y se removía el infinito océano que se llamaba el alma humana. La sociedad antigua se derrumbaba en fragmentos y la nueva sociedad venía á más andar sobre todos. Y el hombre á quien le tocara en suerte ser como el motor de este gran movimiento, no comprendía nada de cuanto á su alrededor pasaba, y profería las palabras empleadas por sus antecesores en los días y en los instantes de más calma. El rey comenzaba por un vulgar cumplimiento; seguía recordando el tiempo transcurrido entre una y otra reunión de los Estados Generales, como si del hecho más natural se tratase, cuando entre ambas reuniones existían dos siglos de nuestra era y dos fases de nuestro espíritu; y por fin, acababa con cuatro vulgares palabras relativas al tesoro y á los sacrificios necesarios que debían consumir las clases privilegiadas para salvarlo. Irreparable error. Mostrábase bien á las claras en esta hora suprema el secreto pensamiento que moviera al rey para reunir los Estados Generales. No era el respeto á la soberanía de la nación, ni el deseo de consultar su voluntad y su pensamiento, ni el culto al derecho, no; era el hambre, la ruina de su tesoro, la imposibilidad de cerrar el déficit con los procedimientos antiguos que habían abierto una sima insondable á la monarquía. Y esta triste esterilidad del principio antiguo, y este su estrecho egoísmo, contrastaba de singular manera con las nobles aspiraciones de la democracia y con sus innumerables ideas y con sus principios y con sus sistemas y con aquel afán general en todos sus representantes de reducir á fórmulas prácticas las ideas abstrusas de la filosofía é iniciar, no sólo para Francia, sino también para todo el género humano, otra edad nueva en la historia. De un lado se veía el principio antiguo, rígido, frío, insensible como la muerte; y de otro lado el nuevo principio, lleno de calor, de fuego, de una riquísima variedad de manifestaciones, como le sucede á la vida.

La oración del guardasellos vino después á enfriar todavía más la Asamblea. Delante de aquellos que se creían la justicia de la nación hablaba de la gracia del rey, como si quisiera contraponer dos principios que para un rígido parlamentario debían resultar idénticos. Seguían luego orientales encarecimientos de la estirpe divina del rey contrarios á las ideas capitalísticas de los representantes y enumeraciones de mejoras y reformas que mil veces se habían proyectado y nunca se habían cumplido, agitando á la nación entera, sobrecitada en sus aspiraciones y de nuevo caída en profundo desmayo, no sólo bajo los inconvenientes de los males profundos, sino también bajo los inconvenientes de los remedios fallidos y de los planes frustrados. La libertad de los mares, la independencia de América, las reformas realizadas en la legislación civil, la economía que